LIBRO DE HECHOS

Lección 41, Capítulo 18

Continuamos en Hechos, capítulo 18, y vemos cómo Pablo siguió extendiendo el movimiento de Yeshúa hacia lugares cada vez más alejados de su lugar de origen, Judea y Galilea. En este capítulo se nos cuenta que Pablo fabricaba tiendas (por cierto, el término griego para su oficio, **skenopoios**, significa literalmente «fabricante de artículos de cuero») y cómo ese oficio le ayudó a relacionarse con una pareja judía creyente que había sido expulsada recientemente de Roma por un edicto del emperador Claudio. ¿La razón de la expulsión de Aquila y Priscila? Eran judíos. Se ordenó a todos los judíos que abandonaran Roma alrededor del año 49 o 50 d. C., porque, al parecer, discutían constantemente entre sí y luego tendían a convencer a sus vecinos gentiles de unirse a las disputas. Esta clase de disturbio civil no se toleraba en el Imperio romano y se reprimía rápida y severamente.

Aunque no se sabe con certeza, muchos estudiosos de la Biblia consideran que Chrestus no era una persona que viviera en aquella época, sino una referencia a Cristo. El edicto de Claudio menciona específicamente a una persona llamada Chrestus como principal instigador de los disturbios en Roma, y también señala de algún modo a El Camino como causa del alboroto. No se referiría a Cristo en persona, sino a sus enseñanzas, que constituyen el fundamento de la comunidad creyente.

Esto abre otro tema interesante que nos ayuda a comprender a Pablo como persona y la manera en que se le veía en aquellos días. En el mundo grecorromano se menospreciaba el trabajo manual. Oficios como la carpintería, la albañilería y la fabricación de tiendas se consideraban tareas serviles, indignas de la posición y dignidad de los ciudadanos romanos. Incluso durante mucho tiempo las palabras griegas que designaban el trabajo manual tuvieron una connotación despectiva. Los numerosos grupos étnicos minoritarios que contribuían a la población del Imperio romano proporcionaban la mano de obra que la sociedad necesitaba; sin embargo, al mismo tiempo se les consideraba personas ignorantes y sin cultura.

Esto explica la interesante reacción que surgió especialmente en la comunidad cristiana que apareció después del año 100 d. C. El cristianismo infundió al trabajo manual un sentido de dignidad y presentó la buena ética laboral como una virtud moral. Existe una historia fascinante sobre Agustín, uno de los primeros Padres de la Iglesia, quien reprendió a unos monjes que, a su juicio, eran demasiado ociosos. Criticó su negativa a ensuciarse las manos, por así decirlo, y elogió las virtudes del trabajo arduo y el esfuerzo; puso a Pablo como ejemplo. Así, él y otros comenzaron a ver a Pablo como un ejemplo de vida sencilla, que rechazaba la pereza y el lujo mediante el trabajo honrado y manual.

La ironía es que Pablo nació en la aristocracia judía. Estudió en la mejor escuela religiosa judía, la de Gamaliel, y poco después comenzó a servir, no como un humilde artesano, sino como un miembro culto e intelectual del Sanedrín de Jerusalén. La condición de fabricante de tiendas contrastaba con la posición de un fariseo instruido que trabajaba para el máximo tribunal judío; tampoco correspondía a su crianza privilegiada ni a su posición social. Entonces, ¿cómo, cuándo y por qué aprendió Pablo el humilde oficio de fabricar tiendas? Sabía muy bien lo que significaba ser un trabajador común en el Imperio romano. No hay información que explique cómo ocurrió, pero probablemente lo hizo por dos razones. Primero, para mantenerse dondequiera que estuviera una vez que se convirtió en maestro itinerante del evangelio. Segundo, para distanciarse de la aristocracia judía y de sus vínculos con el Sanedrín, y acercarse a los judíos comunes, que por lo general eran artesanos. Poco después de su salvación, Pablo decidió identificarse con Cristo no solo en el plano espiritual, sino también con la gente común en el plano social. Está claro que evangelizaría a muchas más personas comunes que aristócratas. Esta es una gran lección para quienes desean enseñar, evangelizar y guiar a otros hacia Yeshúa. Debemos identificarnos con aquellos a quienes hablamos y evitar colocarnos por encima de ellos o mantenernos separados. Pablo simplemente seguía el ejemplo de su Maestro Yeshúa. Yeshúa era carpintero y, hasta donde sabemos, continuó siéndolo durante su vida adulta y su ministerio. No dirigió su mensaje a los líderes religiosos ni a los influyentes, sino al judío común. No pasaba tiempo con los ricos para después ir ocasionalmente a pronunciar un discurso a los pobres. Sus doce discípulos pertenecían a la clase trabajadora judía, no a la élite judía.

Estoy convencido de que, aunque por voluntad de Dios a veces exista una diferencia de educación y prosperidad entre maestro y alumno, no es necesario que haya una diferencia visible e intencional de clase y posición; de hecho, es mucho más sincero y eficaz que no la haya. Conozco a algunos creyentes adinerados cuya riqueza la mayoría de las personas ni siquiera imaginaría, a menos que los conociera tan bien como yo, porque no se apartan de quienes no han sido favorecidos materialmente por Dios. Evitan la ropa y los automóviles más caros, así como las joyas costosas, los relojes cubiertos de diamantes y otros símbolos evidentes de riqueza. Su actitud es que cuanto menos gasten en esas cosas, más podrán gastar en ayudar a otros y hacer la voluntad de Dios en su reino.

Esta es otra razón por la que me gusta y admiro a Pablo. Para mí, no solo era un hombre íntegro y firme, sino que también era indiferente a la riqueza y al prestigio. Aprovechaba su ciudadanía romana y su educación de élite para hacer la obra de Dios y difundir las Buenas Noticias, no para dedicar el tiempo a construir graneros más grandes y enriquecerse. No consideraba indigno vivir entre los trabajadores comunes y trabajar con sus manos; quería estar cerca de aquellos a quienes buscaba enseñar y utilizar su oficio para mantenerse, de modo que pudiera cumplir su misión sin imponer esa carga a otros.

Pablo se transformó deliberadamente para poder seguir mejor al Señor. Al leer acerca de él, comprendemos por qué los primeros Padres de la Iglesia afirmaban que los ángeles celestiales lo honraban y los demonios temblaban ante él. Así podía decir con sinceridad y sin jactarse —como leemos en Hechos 20:34—: «Estas mismas manos atendieron mis necesidades y las de quienes estaban conmigo».

Sigamos a Pablo un poco más en su segundo viaje misionero. Ahora está en Corinto y pronto estará en Éfeso.

Abran sus Biblias en Hechos capítulo 18.

VOLVER A LEER HECHOS 18:4 HASTA EL FINAL

En el versículo 6, Pablo básicamente les dice a quienes se niegan a escuchar acerca de la misericordia de Dios por medio de Yeshúa que están cometiendo un suicidio espiritual. Él ya ha cumplido con su parte al

hablarles del evangelio y de las consecuencias de rechazarlo, por lo que no tiene más responsabilidad en el asunto. Esa es la actitud que debemos tener. Debemos comunicar la verdad de las Buenas Noticias a quienes el Señor ponga en nuestro camino; lo que suceda después queda entre esa persona y Dios. No depende de nosotros que esa persona entre en el Reino de Dios. Si no lo hace, no es un fracaso nuestro; si lo hace, tampoco es una victoria nuestra. Sin embargo, descuidar nuestro deber de hablar de Yeshúa a otras personas que sabemos que lo necesitan nos hace, en cierto modo, cómplices de su posible destrucción.

Al parecer, Pablo perseveró todo lo que pudo, pero finalmente la oposición a su mensaje se volvió tan conflictiva que tuvo que dejar de hablar en esa sinagoga de Corinto. Parece que había por lo menos dos. No tuvo que ir muy lejos para encontrar otro lugar donde continuar enseñando: junto a esa sinagoga vivía un gentil temeroso de Dios llamado Ticio Justo, quien sin duda asistía a ella y abrió su casa a Pablo y a quienes querían escucharlo. Aún más interesante, Crispo, el dirigente de la sinagoga, también llegó a la fe y, como era costumbre, toda su familia lo siguió. Cabe preguntarse si Crispo pudo seguir siendo el dirigente de la sinagoga pese a la división que había provocado el tema de la salvación en Yeshúa; Lucas no nos lo dice.

Es evidente que la conflictividad de la situación preocupaba mucho a Pablo. Sí, había tenido varios éxitos, algunos de los cuales menciona en 1 Corintios. Al mismo tiempo, el camino había sido difícil y, sin duda, agotador. Por eso, el Señor —no se nos dice si se refiere al Padre o a Yeshúa— consuela y anima a Pablo mediante una visión, diciéndole que siga hablando y predicando porque, a pesar de las duras palabras en su contra, nadie en Corinto le hará daño. La razón es que el Señor dice que tiene «muchas personas en esta ciudad». ¿Significa eso que esas personas lo protegerán? Es posible. Pero creo que también le da una seguridad que todos buscamos: la fuerza que viene de saber que no estamos solos. Pablo no está solo; en Corinto hay muchos judíos y temerosos de Dios que piensan como él, aunque él no lo sepa. Este conocimiento lo reconfortó lo suficiente para quedarse en Corinto durante 18 meses, a pesar de toda la oposición, enseñando a quienes prestaban atención a la Palabra de Dios. Pero después las circunstancias cambiaron.

Gayo llegó a ser el nuevo procónsul de la provincia de Acaya en el año 50 o 51 d. C. y permaneció en el cargo durante tres años. Esto nos da una referencia bastante precisa para ubicar esta escena en el tiempo. Los judíos que seguían oponiéndose firmemente a Pablo presentaron un caso judicial contra él y lo llevaron ante el tribunal. No hubo disturbios callejeros en Corinto como protesta, tal como había ocurrido en otros lugares que Pablo visitó. En cambio, la comunidad judía hizo un intento cuidadosamente planificado de prohibir oficialmente lo que Pablo enseñaba. Vemos algo parecido en Israel hoy. La labor de hacer prosélitos entre los judíos en Israel no solo se desaconseja; es ilegal y se castiga con multas elevadas y cárcel. La decisión que el procónsul Gayo podía tomar en este caso, al igual que las decisiones de Israel en la actualidad, tiene un efecto profundo en la posibilidad de difundir el evangelio. Una cosa es enfrentarse a individuos y otra muy distinta es enfrentarse a una política oficial del gobierno.

¿Cuál fue la acusación concreta contra Pablo? El versículo 13 dice: «Este hombre intenta convencer a la gente de adorar a Dios de una manera contraria a la ley». Nuestra **CJB** dice «contraria a la Torá», pero eso resulta algo engañoso. La palabra griega que se utiliza aquí es **nomos**, cuya traducción correcta es «ley». Entonces, ¿qué «ley» afirmaban los judíos que Pablo estaba violando? ¿La ley romana? ¿O, como añade el editor de la CJB, la ley de la Torá? Presta mucha atención, porque la respuesta afecta nuestra interpretación de gran parte del Nuevo Testamento. Estoy convencido de que no se refiere a ninguna de esas dos cosas, sino a **Halakhah**, la ley judía. Como estos términos no son familiares para la mayoría de los creyentes —quizá con la excepción de quienes estudian aquí en Torah Class—, recordemos que Halakhah es una combinación de la Torá bíblica, la tradición judía y las costumbres judías. Sin embargo, el término habitual que se utilizaba en todo el Nuevo Testamento era simplemente «la Ley».

En su sentido más técnico y original, el término «la Ley» se refiere a la parte de la **Torá** bíblica donde están escritas las leyes de Moisés. Sin embargo, en los días de Pablo —y hasta hoy—, salvo en casos poco frecuentes, ya no se usaba con ese sentido. En el habla cotidiana de los judíos, «la Ley» solía significar **Halakhah**, es decir, la ley judía. Para complicar un poco más las cosas, el término «Torá» también había

adquirido dos significados. A veces se usaba en sentido técnico para referirse a los primeros cinco libros de la Biblia; pero, en su uso más común, se había vuelto sinónimo de Halakhah. ¿Es importante este conocimiento para el lector bíblico promedio? No es solo importante: es fundamental, porque Pablo utiliza una y otra vez el término «la Ley» en sus epístolas y necesitamos entender a qué se refiere.

Si no entendemos que, la gran mayoría de las veces, cuando Pablo utiliza la palabra «ley» se refiere a **Halakhah** —aunque no existía una palabra griega equivalente a este término hebreo, ni tampoco una palabra en inglés— y que solo en ocasiones se refiere a las leyes de la Torá bíblica, podemos desviarnos por caminos que llevan a doctrinas erróneas. Estas han contribuido a un antisemitismo subyacente en el cristianismo que muchos creyentes ni siquiera reconocen. Peor aún, debido a estos malentendidos de los cristianos gentiles —que se remontan a algunos de los primeros Padres de la Iglesia—, la doctrina eclesiástica dominante presenta a Pablo como si declarara que la Ley de la Torá de Moisés es algo malo y defectuoso, que Dios finalmente reconoció que hacía más daño que bien y por eso abolió. De este modo, la doctrina de la Iglesia hace que Pablo contradiga literalmente la declaración de Cristo en Mateo 5, donde dice que la Ley **NO** ha sido abolida y que ni la más pequeña letra cambiará hasta que pasen el cielo y la tierra. Esto, por cierto, ocurre al final del reinado de Cristo de mil años, y puedes leerlo en Apocalipsis 21.

Así pues, los judíos de Corinto se quejan ante Gayo de que Pablo enseña cosas que violan la ley judía. El versículo 14 explica que Pablo estaba a punto de defenderse cuando Gayo dijo a los acusadores que no iba a intervenir, porque desde el punto de vista de la ley romana no se había cometido ningún delito ni se había causado daño alguno. Tenía cosas más importantes que hacer que arbitrar disputas religiosas internas de los judíos.

Permítanme pedirles toda su atención por un momento. Una de las interpretaciones más comunes de este pasaje en los comentarios bíblicos es que los judíos de Corinto le dicen a Gayo que lo que Pablo enseñaba no era judío, sino cristianismo, una religión completamente separada. Según esa interpretación, el cristianismo y el judaísmo ya eran distintos, y mientras el judaísmo estaba reconocido legalmente en el Imperio

romano, el cristianismo no lo estaba; por eso, el procónsul romano debía prohibir la práctica ilegal de Pablo. El respetado F. F. Bruce dice en su comentario sobre Hechos: **«La acusación presentada contra Pablo ante Gayo era la de propagar una religión nueva y, sobre esa base, formar una comunidad no reconocida por la ley romana»**. Ni una sola palabra de la conversación registrada entre los judíos de Corinto y Gayo insinúa, y mucho menos aborda, tal cosa. ¿Por qué llegaría entonces un erudito tan destacado como F. F. Bruce a esa conclusión forzada? Porque es un caso clásico de apología bíblica cristiana: partir de una doctrina eclesiástica establecida y buscar retrospectivamente una base para ella en las Escrituras. Sin embargo, en el pasaje bíblico pertinente, los judíos que se quejan dicen claramente que Pablo, siendo judío, no sigue la ley judía, y Gayo responde directamente que se trata de un asunto interno de los judíos y que, por tanto, la ley romana no tiene nada que ver. No existía una religión separada llamada cristianismo hasta mucho después de la época del Nuevo Testamento, cuando los gentiles asumieron el control del movimiento de Jesús. Eso no ocurriría sino aproximadamente medio siglo después de los acontecimientos del libro de Hechos. Por tanto, podemos afirmar con certeza que, hacia los años 52 o 53 d. C., época de Hechos 18, ni los judíos ni los romanos distinguían entre los judíos y los miembros de El Camino. Eran simplemente distintas sectas de una misma religión: el judaísmo.

¿Qué hicieron aquellos judíos incrédulos y enfurecidos cuando Gayo rechazó su petición? Tomaron a otro dirigente de la sinagoga, llamado Sóstenes, y lo golpearon delante de Gayo, quien no mostró interés en detenerlos. La pregunta de los sesenta y cuatro mil dólares es: ¿por qué golpearon a este hombre? En mi opinión, Sóstenes había permitido que Pablo hablara en la sinagoga y por eso lo culparon de la división. Otros comentaristas creen que quizá Sóstenes se había convertido en creyente, aunque cabría pensar que Lucas lo habría mencionado si ese fuera el caso. Es posible que ambas razones influyeran. Parte de la confusión surge porque en el primer versículo de 1 Corintios Pablo indica que la carta procede de él y de Sóstenes. ¿Podría ser el mismo Sóstenes, dirigente de una sinagoga, que quizá huyó con Pablo después de la golpiza? ¿O sería otro Sóstenes, dado que era un nombre relativamente común? No lo sabemos.

Antes de llegar al versículo 18, hagamos una pausa. Lo que acabamos de leer y estudiar describe la situación de la comunidad judía de Corinto. No solo había una profunda división entre los judíos incrédulos y los judíos creyentes, sino que los incrédulos estaban decididos a impedir que circularan las enseñanzas de Pablo porque ofendían sus tradiciones. La situación era volátil. Pablo escribió su primera carta a los corintios poco después de salir de Corinto y llegar a Éfeso. Por tanto, el contexto de esa carta es lo que acabamos de leer. Todo lo que dice a los creyentes de Corinto está marcado por los problemas que él vivió y por los que sus destinatarios estaban experimentando en ese momento. Por eso, no hay mejor momento para leer parte de 1 Corintios como una especie de continuación de Hechos 18.

LEER COMPLETOS LOS CAPÍTULOS 1 Y 2 DE 1 CORINTIOS

Solo observa algunos aspectos del tono y el propósito de esta carta. Primero, tiene un tono de «nosotros contra ellos». Segundo, busca animar a los creyentes de allí a mantenerse firmes a pesar de toda la oposición y de sus compatriotas judíos, que constantemente intentan hacerlos renunciar a su fe en Yeshúa. En 1 Corintios 1, Pablo dice: **«El mensaje acerca del madero de ejecución (la cruz) es absurdo para quienes están en proceso de destrucción, pero para nosotros, que estamos en proceso de salvación, es el poder de Dios»**. Y en los últimos versículos de 1 Corintios 2 dice: «**El hombre natural NO recibe las cosas del Espíritu de Dios; para él son absurdas. Además, no puede comprenderlas. Pero la persona que tiene el Espíritu puede evaluar todas las cosas, mientras que nadie está en posición de evaluarla**». Y termina con estas palabras: **«Tenemos la mente del Mesías»**.

Pablo les dice a estos creyentes judíos de Corinto que, aunque la mayoría de la comunidad religiosa judía los presiona para que abandonen su fe y regresen a la **Halakhah** establecida y aceptada desde hace mucho tiempo, son los creyentes quienes tienen razón y no deben vacilar. La razón por la que ellos pueden «entenderlo», mientras que muchos otros judíos de Corinto no pueden, es que los creyentes tienen el Espíritu de Dios en ellos y los incrédulos no.

Permítanme aplicar esto a nuestros días. Recibo literalmente cientos de correos electrónicos, y muchas personas de esta congregación, así como visitantes de otras ciudades, me preguntan por qué pueden ver tan claramente que nuestro Mesías es judío; que la Biblia es un documento hebreo nacido en una cultura hebrea; que Dios sigue amando a Israel como a su primogénito (no lo ha rechazado ni lo ha reemplazado por la Iglesia); y que la Torá y todo el Antiguo Testamento siguen tan vivos y vigentes para nosotros como el Nuevo, mientras que la mayoría de sus amigos y familiares no lo ven. ¿Y por qué tampoco lo entiende la gran mayoría de la Iglesia? La humanidad suele medir la verdad y lo correcto según el consenso. Si más personas creen algo distinto de lo que yo creo, se supone que ellas tienen razón y yo estoy equivocado porque son mayoría. Pablo refuta rotundamente esa idea: el consenso humano no determina lo correcto; lo que lo determina es la presencia del Espíritu Santo y su enseñanza.

Amigos de raíces hebreas y mesiánicos, usando las palabras y el tono de Pablo: nosotros tenemos razón y ellos están equivocados. La única manera correcta de tener una relación adecuada con Dios y de vivir una vida redimida es volver a una enseñanza equilibrada sobre la gracia de Dios, junto con una devoción renovada a obedecer al Padre celestial. Se necesita mucho valor, firmeza y fe para nadar contra la corriente del pensamiento cristiano que sostiene que todo está permitido y que la verdad es lo que cada uno discierne, siempre que nos amemos unos a otros. Pero si Yeshúa y sus doce discípulos pudieron hacerlo aun cuando fueron marginados por su comunidad y amenazados con prisión, tortura y muerte, ¿no podemos nosotros mantenernos firmes ante el desacuerdo, las críticas moderadas y quizá el rechazo de unos pocos? Al comparar lo que leemos en toda la Biblia con la experiencia de la vida real, debo concluir que, si las instituciones religiosas mayoritarias no nos consideran **parias**, probablemente estamos del lado equivocado.

CJB

Lucas 14:26: «Si alguien viene a mí y no aborrece a su padre, a su madre, a su esposa, a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aun a su propia vida, no puede ser mi talmid».

Seguir a Dios y vivir de la manera que la Biblia establece tiene consecuencias. Pero también nos trae las mayores recompensas.

El versículo 18 de Hechos 18 dice que, después del incidente en que llevaron a Pablo ante Gayo, permaneció un tiempo más en Corinto antes de partir hacia Siria, pero solo después de cortarse el cabello por un voto en un lugar llamado Cencrea. Al parecer, la pareja judía formada por Aquila y Priscila aceptó acompañarlo. Sin duda, el viaje a Siria lo llevaría de vuelta a Antioquía, cerrando así su segundo viaje misionero.

¿Qué debemos pensar del voto que hizo Pablo, que incluía cortarse el cabello de manera ceremonial? En primer lugar, Cencrea era una ciudad portuaria cerca de Corinto; allí tomó un barco para regresar a casa. El corte de cabello parece corresponder a un voto nazareo que Pablo pudo haber hecho, aunque no sabemos exactamente de qué se trataba. Los estudiosos debaten intensamente este versículo porque, si se examina detenidamente el voto nazareo tal como aparece en la Torá, resulta difícil ver cómo encaja en esta historia. La Mishná habla ampliamente de los votos y de las razones para hacerlos, como pedir sanidad, regresar sano y salvo de una guerra o pedir un hijo. También detalla los procedimientos y rituales que podían emplearse legítimamente al hacer un voto y cuáles no. Así, vemos que, por un lado, los votos se consideraban algo que debía tratarse con cautela y cumplirse a toda costa; pero, por otro, eran populares y se hacían con frecuencia, por lo que existían instrucciones claras al respecto.

Como no se ofrece ningún detalle ni matiz sobre el voto de Pablo, no especularemos demasiado. Sin embargo, podemos saber que no sigue exactamente la Ley de la Torá acerca de los votos nazareos, aunque sí parece ajustarse a la tradición y costumbre judías: **Halakhah**. Esto es significativo porque muestra que Pablo continuaba observando el judaísmo tradicional de manera habitual y que seguía la ley judía muchos años después de encontrarse con el Mesías resucitado en el camino a Damasco. Está claro que Pablo no consideraba que toda la institución de la ley judía, la Halakhah, fuera equivocada ni que debiera abandonarse al tener fe en Cristo. Pablo tampoco estaba dejando atrás su identidad judía para adoptar una identidad cristiana gentil. Pablo seguía siendo judío.

El barco en el que viajaba hizo escala en Éfeso. Como Éfeso era una ciudad de buen tamaño, también tenía una sinagoga. Allí predicó a los judíos acerca del Mesías. No se dice si tuvo éxito o fracasó; solo se menciona que ellos esperaban que se quedara más tiempo, así que evidentemente lo recibieron mucho mejor que en Corinto. Pero el horario no dependía de él: cuando llegó el momento de que el barco continuara su viaje, tuvo que partir. Durante esta breve estancia en Éfeso escribió su famosa carta a los corintios, que desde entonces forma parte de la Biblia. Sin embargo, prometió que, si estaba en los planes de Dios, regresaría a Éfeso para enseñarles más. El destino del barco era el puerto de Cesarea Marítima.

La próxima semana seguiremos a Pablo: primero irá a Jerusalén y después al norte, a la sinagoga de Antioquía que patrocinaba sus viajes misioneros.